

# REVISTA GADITANA.

## Número 23.

### DEL COMERCIO DE CÁDIZ.

Dedicaron los escritores de la REVISTA GADITANA el primer artículo de su periódico á enumerar las causas en que tuvo origen el engrandecimiento de este Comercio y las que influyeron, mas adelante, en su presente decadencia; muestra evidente del celo con que están obligados á mirar por su prosperidad y por sus intereses á ménos de faltar á un deber que les imponen á la vez, su posicion, sus simpatias y su convencimiento. Indicaron desde entónces que era preciso acudir con grandes remedios, á un mal de gravisima naturaleza, y cuyos progresos son fáciles de advertir á poco que se fije la atencion en el estado de nuestro moribundo Comercio.

Un periódico, que es de los mas graves y estimables que se publican en Madrid, y con cuyas doctrinas *administrativas* estamos muy conformes por lo comun, el CORRESPONSAL, creyó ver la solicitud de un privilegio oneroso para la nacion entera, en lo que no era mas que un fiel bosquejo de la deplorable situacion de este pueblo, y una ligera indicacion de los medios que parecian mas oportunos y atinados para poner término á su decadencia y abatimiento. Cen-

suraron, pues, los redactores del CORRESPONSAL, mas bien que nuestro pensamiento, la tendencia que presumian descubrir en nuestros artículos, esto es, la pretension desmedida de que fuesen favorecidos los intereses de Cádiz, aun cuando resultara de ello perjuicio y gravámen á las demas provincias del reino. Si bien es cierto que venia envuelta aquella censura injusta, entre frases tan atentas, y entre elogios tan lisongeros, que fué grande nuestro deseo de aceptar la invitacion que se sirvieron hacernos, entrando en polémica con aquellos escritores dotados de una moderacion y de una cortesia nada comunes entre los periodistas de nuestro tiempo.

Nos pareció, sin embargo, que no era aquella ocasion adecuada para entrar en discusiones sobre la justicia y conveniencia de una medida tan grave como la *franquicia de este puerto* (que á esta medida aludia el artículo del CORRESPONSAL) porque lo mismo que era natural y laudable cuando no pasaba de ser la indicacion de un pensamiento, ó la espresion de un deseo, hubiera parecido inoportuno como objeto de una polémica. Acababa por otra parte la *Junta de Comercio* de esta ciudad, en union con un gran número de sus habitantes, de elevar importantes esposiciones al gobierno en solicitud de que se igualasen los derechos que pagan diversos géneros al introducirse por esta aduana, con

los que se satisfacen en las demas del reino, del permiso para encabezar á este pueblo, por derechos de puertas y alcabalas, y del establecimiento en Cádiz de un depósito libre, sin distincion de licito ni ilícito y sin trabas ni exacciones de ninguna especie: y hubiera sido ademas de inoportuno, perjudicial distraer la atencion hácia un objeto diverso de estas pretensiones, de las cuales puede decirse, que no se estiende la primera á mas sino á lo que es de pura y rigorosa justicia, al paso que las otras, si bien dan mas lugar á las dudas por ser cuestiones de conveniencia pública, no puede ménos de decidirse en favor de este comercio, despues de un prolijo y maduro exámen.

Tales fueron las razones que nos indujeron á poner nuestra atencion en los puntos que abrazaban las exposiciones de la Junta; y la REVISTA, despues de poner en claro el origen de alguna de aquellas exacciones, y de demostrar con toda evidencia, que lo tuvieron en el desórden de nuestra administracion, viciada desde tiempos antiguos, enumeró los importantes servicios que hizo en diferentes épocas el comercio de Cádiz á la causa de la nacion entera, sus cuantiosos desvelos, sus sacrificios innumerables, y los muchos títulos que puede presentar para que se le mire como merecedor de todo género de consideraciones, en vez de ser visto como enemigo, cuyas pretensiones deben ser examinadas con prevencion desfavorable, por estar en oposicion todos sus intereses con los de las demas provincias del Reino.

Con enumerar los diferentes servicios que prestó el comercio de Cádiz en todos tiempos y circunstancias, y con explicar de qué manera se han enlazado sus intereses con los de la nacion entera, de tal modo que siempre ha pesado sobre él la principal y mas penosa parte de sus padecimientos: con referir la que le cupo

en todos los males de que la nacion se lamenta, procurando á la vez salvar del olvido los nobles recuerdos de su desprendimiento y generosidad, creyeron los redactores de la REVISTA que daban la mejor respuesta á los que acostumbran mirar la decadencia de este antiguo centro del comercio del mundo, como una espiacion necesaria y justa de las faltas de su pasada opulencia. Estraño puede parecer, pero no deja de ser cierto, que en almas de mal temple llega la rivalidad, que podria ser provechosa y fecunda, á confundirse con la envidia, que siempre es rastrera y estéril: y cierto es tambien que no solo de persona á persona se advierte este género de rivalidades, sino tambien entre pueblos y pueblos.

Escusado parece decir que ademas de ser absurdas, son perniciosas en sumo grado estas rivalidades entre pueblos y provincias que pertenecen á un mismo Estado. ¿Tan contrarios y opuestos son por ventura sus intereses, que no pueda avenirse el engrandecimiento de las unas con la prosperidad de las otras? ¿Y quien ha reido en ningun tiempo que haya de decaer la industria fabril de un pais desde el momento en que empieza á florecer su tráfico comercial? ¿Acaso no están ligados de una manera indisoluble en cada Estado los intereses de su industria con los de su agricultura y comercio? En razones poco poderosas se habrian de fundar por consiguiente los que, en nombre del bienestar y de la riqueza de una provincia, quisieran poner obstáculos en las otras á la actividad de sus fábricas, ó á la libertad de su tráfico. Hemos visto repúblicas casi esclusivamente comerciales como Venecia: la historia habla de naciones que han debido su prosperidad á la agricultura, al paso que otras se han enriquecido con los progresos de su industria fabril; pero es bien cierto que no es posible llegar al alto grado de opu-

lencia y de poder á que aspiran los estados modernos, á ménos de hermanar la estabilidad y solidez de la riqueza agrícola, con los inapreciables beneficios que pueden esperar los pueblos de la industria fabril, de la navegacion y del comercio. No es por cierto la mejor legislacion económica, la que separa estos intereses, y los pone en pugna y oposicion; sino por el contrario, la que tiende á conciliarlos, y la que consigue encontrar en el desenvolvimiento de cada uno de ellos, un apoyo y un estímulo para los demas. Necesita la industria de las materias primeras que recoje la agricultura de manos de la naturaleza: necesita de los grandes mercados y anchas salidas que únicamente el comercio puede facilitarle: al paso que el labrador pide á la industria fabril sus productos, y que el comerciante no encontraria medios de ejercer su provechoso tráfico, si no le proporcionarán los talleres del fabricante, y los graneros del labrador, materias que transportar y que vender.

Opuestos pueden estar en algunas ocasiones los intereses distintos de estas industrias: puede acontecer que necesite la prosperidad de una fábrica de ser protegida con medidas que la liberten de una competencia ruinosa: puede acontecer que el comercio de una nacion sufra perjuicios á consecuencia de las mismas medidas que reclama su industria. Los principios absolutos son siempre falsos en todas materias, y mas que en ninguna otra en las administrativas y económicas; pero en el mayor número de casos, si el gobierno deja obrar libremente á los intereses individuales, si no se empeña en dar una direccion arbitraria y violenta á lo que por su propia virtud, no dejaria de tomar la mas acertada y conveniente; si permite que las diferentes industrias se desenvuelvan en la misma proporcion en que van creciendo las necesidades que

están destinadas á satisfacer, es bien cierto que estas industrias en vez de perjudicarse, se ayudarán recíprocamente con sus progresos, y se favorecerán con sus descubrimientos y adelantos.

Las doctrinas económicas que separan á unos intereses de otros, y que se fundan en su oposicion ó *antagonismo*, son tan falsas como las doctrinas políticas que vén en el gobierno un enemigo eterno de los súbditos, y en las diferencias que separan á las distintas clases de la sociedad, el origen seguro de interminables disensiones y pugnas. La legislacion económica, del mismo modo que la legislacion política, no debe tener nunca por objeto el disolver, sino el conciliar: nunca el separar los intereses, sino el unirlos. Simples escritores, jamas buscaremos nuestros racionios en esa falsa y perniciosa lógica que cree descubrir el bien de unos en el daño de otros; sino por el contrario, en la que cree mas estimable la conveniencia de cada uno cuando está hermanada con el provecho y utilidad de los demas. No buscaremos jamas la diferencia que separa, sino el lazo que une á unas provincias con otras, á cada industria con las que parecen ser sus rivales, á los intereses que eran tenidos por mas encontrados y opuestos.

Dificil empresa es esta, lo conocemos y confesamos, en un pais como el nuestro, donde tan hondas raices han echado las mas absurdas doctrinas, pudiendo notarse sus resultados asi en las preocupaciones que reinan en los ánimos, como en los de saciertos de la legislacion económica. Ha habido un tiempo, y ha sido largo por desgracia, en que preponderaban con absoluto imperio las máximas erróneas, que acabamos de combatir. Dominaba entonces un sistema que, llevando hasta el último extremo el principio de la hostilidad de los intereses, veia en cada estado un enemigo comercial é industrial, de todos los demas estados; en cada

provincia de una misma nacion, un adversario temible de todas las provincias: en cada industria un peligro para las otras industrias: en cada individuo un antagonista de los demas de su especie. Este sistema, llamado malamente el sistema mercantil, conocido entre los economistas con el nombre de sistema de la balanza del comercio, ó de Colbert, y aun por algunos, de sistema español, por suponerse que fué en España donde tuvo origen hácia el tiempo del Emperador Carlos V., este sistema, decimos, fué el que creó las aduanas fronterizas para separar á unas naciones de otras; el que las creó, no solo en las fronteras, sino dentro de los limites de cada nacion: de este sistema han nacido las prohibiciones mercantiles y en gran parte los actuales aranceles: de este sistema han nacido las prevenciones y odios con que se han mirado unas naciones á otras; de este sistema han nacido muchas de las guerras que se han hecho entre si, cubriendo de sangre los mares, y de espanto y luto las poblaciones, ¡como si no hubiera de resultar el empobrecimiento de los estados de las mismas guerras que se emprendian, con la mira de asegurar su preponderancia comercial! En este sistema desacreditado hoy dia hasta el punto de que cualquier hombre ilustrado se avergonzaria de profesar sus principios, han tenido origen muchas de las preocupaciones que todavia reinan, y muchos de los errores que no dejan de tener acogida y crédito aun con aquellos mismos que están mas distantes de tener fé en otras de sus principales doctrinas! ¡Tal es la naturaleza humana, y tal nuestra natural inconsecuencia, que suele durar un error aun despues de haber desaparecido el sistema que le servia de cimiento!!

Un economista de los mas distinguidos de nuestro pais, ha dicho con estre-

mado acierto, que los partidarios del sistema mercantil habian tomado por lema aquel verso de Lafontaine: *Son bien premierement et puis le mal d'autrui* «antes que todo su propio interes y despues el mal ajeno» por lo ménos si no habian aceptado el principio bien puede asegurarse que procedian de la misma suerte que si hubiesen deducido de él, con sumo rigor de lógica, todas las consecuencias.

Tal es el sistema que habremos de combatir, siempre que sea necesario sostener los intereses del comercio de Cádiz, y salir en defensa de sus justas pretensiones. Cualquiera que sea la suerte de las esposiciones elevadas últimamente por la Junta de Comercio, es bien seguro que nadie podrá tachar de desmedida ni exagerada su solicitud: tal vez no faltará por el contrario, quien ponga en duda su importancia y las mire como desproporcionadas á la gravedad del mal que se trata de remediar. Y sin embargo, seis meses han transcurrido desde la época en que fueron firmadas, y cualquiera que sea la causa de que tan estraña y deplorable tardanza haya podido provenir, aun ignora el público la resolución del gobierno; aun ignora el comercio y el vecindario de Cádiz, si se desestimarán las quejas fundadas y las reclamaciones de un pueblo, cuyos sacrificios por la causa Nacional son grandisimos, cuyos sufrimientos han llegado á su colmo, y cuyas pretensiones son tan moderadas como justas.

De algunas de ellas nos hemos ocupado anteriormente: de las demas hablaremos tambien en nuestra REVISTA procurando demostrar que son convenientes para Cádiz, sin ocasionar perjuicio de ninguna especie á las demas provincias del Reino. Nos ocuparemos tambieu de los aranceles, que es punto de gran interes para el comercio y como todas las cues-

tiones de esta especie tienen un estrecho enlace con el sistema económico, llamado de *proteccion*, empezaremos por examinar su origen, su tendencia y sus resultados.

\*\*\*

## UNA PARTIDA DE ECARTE.

En una hermosa noche del mes de Julio, en que al insoportable ardor de un día canicular habia sucedido una brisa bienhechora que azotaba mansamente los rostros de los paseantes y mitigaba su angustioso afán, paseaban asidos del brazo y en amoroso coloquio Eugenia de Mondragon y un gallardo jóven que estaba en visperas de ser su esposo. La noche empezaba á tender su plácido velo azulado sobre el enrojecido manto del día y la familia Mondragon, sentada en las sillas próximas á la fuente de las Cuatro Estaciones, permitia á los futuros esposos una de aquellas conversaciones intimas que tantos encantos tienen y que ningun peligro presentan. Los dos jóvenes recorrían en silencio una de las estrechas calles de árboles contemporáneos tal vez del buen Rey Carlos III, hasta que Eugenia rompió el silencio.

Fernando, ¿parece que está V. triste y fatigado; tiene V. algun pesar? No hay que olvidar que entre nosotros no debe haber secretos. Nuestros juramentos han sido confianza y amor; empieza V. á cumplirlos, relíerame sus penas, si las tiene, ó recobre aquella frente serena que aun tenia ayer.

No se daba mucha prisa Fernando á contestarla; estrechaba la mano de su novia entre las suyas y marchaba silenciosamente sin levantar la cabeza.

Vamos á ver, amigo mio, añadió la

jóven, ¿qué ha hecho V. desde ayer noche?

He faltado á todos mis juramentos, contestó Fernando; he cometido un crimen imperdonable; un crimen que todo mi amor á V. no conseguiria borrar, y de que jamas podrá disculparme cuando lo sepa.

No hay doncella que al oír semejante declaracion no se le ocurra la idea de una rival que no piense que su infiel amante la sacrifica á una pasión secreta á compromisos anteriores, que en vano se ha tratado de romper. Eugenia de Mondragon era rica; creyó que Fernando habia fingido un amor que no sentia y queria abandonarla; desprendió su mano de las de Fernando, y se encaminó sola hácia el corro de sillas que ocupaba su familia.

Un momento, dijo Fernando, soy mas culpable sin duda de lo que V. cree; pero estoy seguro de que no sospecha la enormidad de mi falta. Por piedad, Eugenia, nose vaya V., vuelva á mi lado aun cuando sea por la última vez. Voy á confesarte todo.

Vaciló al pronto Eugenia; pero era amante y muger y accediéndose al jóven no hizo mas que ceder á un impulso muy natural de curiosidad.

Anoche á las once, dijo Fernando, cuando me separé de V. me dirigia á mi casa; la noche estaba fresca y hermosa y di un rodeo por algunas calles pensando en V. y en los pocos dias que faltaban para nuestro enlace: al llegar á la Puerta del Sol me encontré con cuatro ó cinco amigos que iban á cenar á casa de uno de ellos. Arrastráronme mal de mi grado en su compañía, alucinándome con sofisticas razones y obligándome á seguirlos para celebrar el banquete de despedida de la vida de soltero. ¿La novia mas exigente, me decian, como ha de incomodarse porque bebas algunos vasos de Champagne con tus amigos? Me dejó vencer y hoy que tan cruelmente he pagado mi facilidad,

estoy persuadido de que ninguno de ellos, excepto uno quizá, tenia malas intenciones. Cenamos alegremente; los vapores de Burdeos, del Jerez y del Champaña nos animaron á todos y no supimos contenernos á tiempo. Despues de la cena se dispusieron un par de mesas de juego; entonces ya no se me detuvo; podia marcharme pero estaba acalorado por el vino y conocia que aun cuando me acostase no podria reconciliar el sueño. Me quedè, empecé á dar vueltas de una mesa de juego á otra, aposté muhas veces, hasta de los concurrentes. Mr. de Smith, la nombró á V. y al mismo tiempo que elojiaba sus bellas prendas empezó á hablar de mi próxima felicidad.

¿Conoce V. á ese estrangero? preguntó vivamente Eugenia.

Si, un ingles que hace dos años reside en Madrid y que siempre ha buscado la sociedad de mis amigos y la mia. Pues este hombre que aparentaba conocer á V. y á su familia, que hablaba de la belleza y de las riquezas de mi amada, me desagradó; parecióme insoportable oír un nombre tan grato á mi corazón en aquellos labios; sin embargo Mr. Smith no me daba el mas ligero pretesto para una disputa y callé; pero me propuse cartigarle ganándole su dinero. Escitado por el Champaña me pareció facilísimo el proyecto; y yo que no gusto del juego, que rara vez consiento en manejar las cartas, me senté enfrente de Mr. Smith, ansioso de arruinarle. Jugamos al ecarté, á ese juego que como tantas cosas malas nos ha venido del otro lado de los Pirineos y en el que solo hay que temer á un adversario. Mr. Smith me miró fijamente y me propuso una apuesta tan crecida que todos mis amigos se quejaron.

¿Queréis arruinaros? nos dijeron todos á una voz.

Yo contesté doblando la suma propuesta y un profundo silencio reinó en torno de

nosotros; Mr. Smith estaba sereno, impasible; yo por el contrario estaba encolerizado y la rabia acrecentaba la escitacion causada por los licores. Bien sabe V., Eugenia, que el que no es jugador juega mal, al paso que quien tiene esta pasion pronto adjuere aquella ciencia fatal, se domina, reflexiona, calcula, sabe lo que debe aventurar á la casualidad y cuando debe contenerse. Todas estas ventajas tenia Mr. Smith sobre mí, pero ¿á qué referir, Eugenia, todas mis criminales locuras de la pasada noche? Lo jugué todo y todo lo he perdido: he perdido mis bienes, que no eran míos, porque dentro de pocos dias debian pertenecer tambien á V.

¿Y no es mas que eso! le dijo Eugenia acercándose á él.

Ah! contestó Fernando, todavía no he concluido. Mis amigos estaban desesperados sentian que una reunion para divertirse se hubiera convertido para mí en causa de ruina y de desesperacion: hasta tuve que sufrir la orgullosa compasion de Mr. Smith, y sin embargo, apesar de haberlo perdido todo, aun queria jugar.

No me niego á jugar sobre la palabra, me dijo mi contrario; pero ya no tiene V. nada y si gano con ¿qué me ha de pagar? lo digo por V. mismo. V. me aborrece y sé que ménos sentiria perder contra mí un millon, teniéndole, que mil reales no teniéndolos. Ahora puede V. determinar los que guste.

Todo lo que decia aquel hombre era verdad y esto acrecentaba mi furia y desesperacion; hubiera dado mi vida si mi adversario hubiera querido aceptar aquella apuesta. Entónces me dijo Smith.

He oido que se casa V. con la señorita de Mondragon; yo estoy enamorado de esa jóven, pero me ha sido negada su mano por el compromiso que media con V. Los cinco mil duros que he ganado, los juego contra ese casamien-

to si V. gana recobra su fortuna: si la suerte me favorece, conservaré mis ganancias y probablemente obtendré la mano de la hermosa Eugenia.

Esta inesperada proposición me hizo ruborizar de cólera, y arrojé las cartas lejos de mí. Mis amigos me rodearon, quisieron oponerse á aquella partida, pero uno de ellos me dijo.

Pensemos ántes, Fernando: esa proposición es ventajosa para ti. Smith te ofrece el único recurso que te queda. A la hora esta es ya imposible tu enlace, porque ¿crees tú que Mondragon quiera entregar su hija á un hombre rico ayer, y pobre hoy, y que en pocas horas ha perdido toda su hacienda al juego? Un padre de familia obra de muy distinto modo. Ya que la fortuna te abre todavía un camino de salvacion, aprovechale.

Cogí las cartas.

¡Oh cielo! exclamó dolorosamente Eugenia.

Si, señorita, cogí las cartas. Mis manos temblaban. Mis ojos vidriosos apenas distinguían los colores.

¡Me habeis jugado!

¡Y perdido! exclamó Fernando, dejando caer la cabaza sobre el pecho.

Lanzó un grito la doncella y cayó inanimada al pié de un árbol. Acudió su familia, el padre, la madre, los hermanos; rodeáronla asustados y la trasladaron en brazos á su casa que por fortuna no estaba lejos. En medio de la confusion general se escapó Fernando de aquella mansion de muerte para él; creía haber cumplido lealmente las condiciones impuestas por M. Smith y se encaminaba á su morada agitando en su mente pensamientos de suicidio, cuando al volver una esquina levantó la vista y se halló cara á cara con su terrible, adversario.

¡Ola! le dijo el ingles, ¿estamos ya corrientes? sabe el Sr. Mondragon que renuncia V. á la mano de su hija?

Creo que no, contestó Fernando.

¡Cómo! caballero, falta V. á su promesa! eso es un robo; despues de jugar cinco mil duros bajo la palabra. ¡Tambien estafador! eh!

Estas insultantes espresiones acabaron de exaltar á Fernando y levantando la mano hizo á su rival uno de aquellos ultrajes que no se perdonan. El ingles se quedó inmóvil despues del golpe, y Fernando repuso con admirable sangre fria.

En su vida volverá V. á jugar con un hombre tan honrado como yo. He hecho mas de lo que convenimos; la señorita de Mondragon lo sabe todo y si no se lo he revelado á su padre, al menos he cumplido mi palabra como caballero. Si me hubiera V. dejado concluir, se hubiera V. ahorrado un ultraje sangriento. Ningun término se ha fijado para que yo dé mis excusas al padre de Eugenia, y aun cuando hubiera de hacerlo en el mas breve plazo, las leyes del juego me conceden veinte y cuatro horas que todavía no han transcurrido. Estoy á la órden de V.

Y hablando así se alejó y á sus pensamientos de suicidio sucedieron ideas de venganza. Mr. Smith tendria que batirse, y sino él contaria á sus amigos lo que acababa de pasar y obligaria al ingles á pedir una satisfaccion. Pero no necesitaba este ser animado á la venganza; al dia siguiente se presentó en casa de Fernando y como en aquella disputa habia sido el ofendido, reclamó la eleccion de armas y el derecho de decidir las circunstancias del combate.

Tengo mas suerte que V., dijo Fernando, y quiero ver si no me abandono hasta el fin; nos batirémos al estilo de mi pais con una pistola cargada y otra descargada que nos repartiremos á la ventura y que se han de disparar sobre el corazon. ¿Quedamos?

Proposición era esta que no podia menos de aceptar Fernando; por que en

último resultado, ¿qué mas le daba morir por sus propias manos que á las de Smith?

Al día siguiente por la noche, casi á la misma hora en que habia hecho la vispera á su querida una declaracion tan cruel, se presentó Fernando en casa Mondragon. La familia no habia salido á tomar el fresco y se hallaba reunida en la sala donde inquieta y turbada esperaba con ansiedad á que los médicos decidiesen de la suerte de la señorita Eugenia. Luego que el jóven apareció, resonó un grito unánime.

¡Ah! Fernando, ¿es V.? ¿Qué se ha hecho V. desde ayer?

Nosotros buscándole como unos locos por todas partes.

¿Y Eugenia? preguntó el jóven.

Tiene una fuerte calentura, un delirio terrible; la pobre niña, que en su vida ha jugado, no habla mas que de cartas, de apuestas, de ecarté; pero V. que estaba delante cuando la acometió ese mal repentino, puede explicarnos....

Fernando comprendió que Eugenia no habia hablado y dió algunos pretestos para disfrazar la causa de su ausencia; en seguida se instaló á la cabecera del lecho de la jóven, y declaró que no se apartaria hasta conducirla al altar. Pocos dias despues, cuando hubo cesado la fiebre, desapareció el delirio y recobrado la razon, paseó Eugenia en su rededor sus apagados pero siempre hermosos ojos azules, y reconoció á Fernando.

Amigo mio, le dijo: me parece que despierto de una horrible pesadilla. Se me figuraba hallarme en el Prado con V., y que V. me decia que me habia vendido, jugado.... no me acuerdo bien. Ha sido sueño, Fernando, ó acaso los confusos recuerdos de un cuento? Oh! estoy muy mala, muy débil, todo lo confundo.

Fernando lloraba como un niño, y su dolor acabó de disipar la nubé que oscure-

cia todavia la memoria de Eugenia.

¡Oh! dijo ella, ahora me acuerdo de todo. ¿Qué busca V. aqui, caballero?

Vengo á llorar á tus pies, y á implorar mi perdon.

¡No se ha obligado V. á entregarme á Mr. Smith!....

Ah! no; Smith ha perdidola última partida; no volverá á ofendernos.

¿Y aquella hacienda tan criminalmente perdida?

Está reconquistada, ó por mejor decir recobrada. Tengo por tutor á un tio que ha sido jóven, y por consecuencia sabe lo que somos; yo era triple mas rico de lo que creia sin saberlo, y por tanto me ha quedado otro tanto dinero del que Smith me ganó.

No hay que preguntar si Eugenia perdonó á su amante: le amaba con entusiasmo, y las mugeres perdonan cualquier caso mejor que una infidelidad. En cuanto á Smith, la historia no vuelve á hacer mencion de él, y su muerte ha quedado envuelta en un velo impenetrable.

## LA PREDICCION.

### I.

#### EL MENDIGO.

Un niño es la fuente-cilla que mana bulliosa de la peña, enamorando cuanto á su paso encuentra: mas ¡ay de los vergeles si el próximo labrador no sabe guiar su pequeña corriente! porque los dias pasarán, la fuente-cilla se convertirá en arroyo; el arroyo en torrente impetuoso: ¿y qué será entonces del llano por do tienda sus bramadoras ondas? ¿Qué será de las flores del pensil que tantos amores le prodigaron en su infancia? El huracan agitará con furor sus corrientes y estas arrebatarán en su curso cuanto ose resistir su colosal empuje. El haracan de las pasiones agitará tambien el corazon del hombre en su juventud; y si este no aprendió á doménarlas en la niñez

¡ay de su vida! porque será turbulenta cual una tarde de tempestad, y llevada de desesperacion en desesperacion, de amargura en amargura, se precipitará en el caos de la muerte mas presto de lo que debiera; bien así como las aguas de un rápido torrente se hunden en la mar. ántes que las de un pacífico manantial.

Muchos se han visto en la sociedad, victimas de una mala educacion, y Enrique Balsac, de quien hoy pretendemos hablar, ha sido uno de ellos; mimado por su madre y habiendo salido desde sus primeros años con cuanto habia pretendido, se creia un ser superior en el mundo; sus caprichos habian sido siempre obedecidos, y por lo mismo sus pasiones no tenian límites; esto quiero y esto hago; así se decia á sí mismo en sus horas de ociosidad; y planta que crece sin despojarla de sus malas ramas, como son en la vida las malas inclinaciones, jamas se cubrirá de flores, y únicamente servirá de sombra y estorbo en el vergel.

Diez años habria cumplido Enrique, cuando, al salir un dia de su casa, encontró á Sebastian. Era este un mendigo á quien algunas veces habia dado limosna. En el dia á que nos referimos, el anciano, como tenia de costumbre, se llegó á su protector con ánimo de regalarle una bonita estampa, mas no bien le habia saludado cuando el atrevido jóven, descargando en él su baston, hizo brotar sangre de la cabeza del pordiosero. Enrique acababa de sufrir una rëprension de su padre, y su carácter adusto no podia aguantar en aquel instante conversacion de ninguna especie.

El maltratado anciano, que amaba demasiado á Enrique, aunque se vio tan injustamente herido, no cuidó de castigar semejante desacato; pero limpiándose la sangre que vertia su herida y dirigiéndole una mirada compasiva, exclamó de esta suerte; '¡Jóven, tu corazon imperioso ha de hacer muy desgraciada tu vida, y el que de niño se atrevió á ultrajar á un pordiosero, tal vez un dia hiera en el pecho á su mismo padre.

## II.

### LA REVELACION.

Hay palabras que á primera vista parecen insignificantes; y no obstante, cual si fueran pronunciadas por el acento de una ma-

ga, repiten sus ecos para atormentarnos en todas las situaciones de la vida; combaten y destruyen el castillo de nuestras ilusiones, y dejándose oír aun en medio de nuestros placeres, turban el corazon con melancólicas ideas. Tales fueron para Enrique las palabras del pordiosero. En vano quiso borrarlas de su imaginacion; Serás infeliz! le decia una voz en medio de sus sueños; el que de niño ha ultrajado á un mendigo, tal vez un dia hiera en el pecho de su mismo padre. ¡Oh! ¡no! gritaba el jóven horrorizado, alzándose del lecho; jamas mis pasiones no podrán arrastrarme á tal punto.

Algunos años despues, el padre de Enrique tuvo la desgracia de sufrir una quiebra; sus consocios se habian fugado, y para cubrir los gastos de justicia se vio despojado hasta de los muebles mas indispensables.

Entónces fué cuando Enrique comenzó á pensar en su suerte: nada habia estudiado y por lo mismo nada sabia; contaba ya veinte años, y en esta edad el orgullo y la altivez están en su apogeo, por lo que no queria humillarse á pretender destino alguno; acostumbrado al lujo y á los festines, arrancarle de ellos era arrancarle su felicidad; dominado ademas por el juego, vivia desesperado si no podia ir á derramar en él su dinero. Así, lleno de vicios y falto de conocimientos, sobrado de orgullo, aunque vacías sus arcas de metálico, era Enrique un jóven libertino y desenfrenado, á quien sus acciones no podian ménos de concluir por sumirle en el precipicio que se abria á sus pies.

Un dia fué llamado al aposento de su padre; estaba este en su lecho, y un monge revestido con la túnica sacerdotal, velaba en pie á su cabecera. Cuando á los pálidos rayos que destellaba la luz alcanzó á ver el jóven el macilento y lánguido semblante del anciano, creyo adivinar una verdad terrible, perdieron sus ojos la luz, y al pronto como pasmado por aquel silencio religioso, se paró en el humbral de la puerta. Una voz que sonó en aquel momento le sacó de su estupefaccion; la voz era de Rodrigo su padre, y aquel acento se parecia al último esfuerzo de un hombre que se halla en la agonía.

En efecto, Rodrigo estaba espirando y su acento era el de la muerte.

Hijo mio, querido Enrique, exclamó el

anciano libre ya del temblor que le sobrecogiera al abrazar á su hijo; mi última hora ha sonado y la eternidad me abre sus puertas. Bien sé que voy á entristecerte; pero, hijo mío, los momentos son preciosos, y del secreto que he de revelarte pende tal vez tu felicidad. Si yo hubiera podido dejarte colmado de riquezas, como era mi intento, nunca hubiera sabido una verdad tan amarga; pero ¡como ha de ser! Dios lo ha dispuesto así, y no hay mas que conformarse con su voluntad. Aquí el moribundo alzó un poco la cabeza sobre la almohada; tomó aliento como si se hallara fatigado del pecho, y después de haber cojido y apretado contra su corazón las manos de su hijo, prosiguió; tres horas después que yo haya espirado, abrirás con esta llave el armario de mi aposento; lo registrarás, y con la llavecita que halles en una de sus gavetas, abrirás el armario secreto que hay en el fondo, en el hallarás unos papeles, guárdalos, y quiera el cielo que ellos sean un día tu felicidad.

Aun no habían pasado cinco minutos después que Rodrigo había muerto en los brazos de su hijo, cuando ya este se hallaba desplegando un legajo de papeles. Las palabras del anciano le habían llenado de temor y curiosidad, y quería cuanto ántes rasgar el velo á aquel misterio; aunque hubiera de serle terrible la verdad que encubriera. ¡Oh rabia! ¡no era mi padre! exclamó Enrique con una sonrisa espantosa, y apretando entre sus manos el pliego que acababa de leer. ¡No era mi padre! y bien ¿de quién soy hijo? ¿quién me ha dado el ser? ¿quién?... ¡Oh! nadie me responde, gritó frenético; nadie calma mi amargura; pues bien, de hoy en adelante será tan solo el hijo de la desesperación, y el aliado de la venganza.

### III.

#### LA FELICIDAD MENTIDA.

Restablecido Enrique de la enfermedad que le había sobrecogido el día de la muerte de Rodrigo, y libre ya del delirio que tanto le había atormentado, determinó pasar á Inglaterra, y abandonar por siempre el pueblo que había visto su caída desde la opulencia á la pobreza.

Por fortuna dió en Edimburgo con un pariente de Rodrigo, y por su empeño logró entrar en una casa de comercio. Roberto (así se llamaba el amo de Enrique) era

un anciano honrado y amoroso; el joven logró grangearse su voluntad, y á poco tiempo, el sirviente mandaba ya tanto ó mas que el amo. Pero al verse Enrique otra vez poseedor de algun dinero, comenzó á querer figurar en la sociedad, y se despertaron en él sus pasiones. Le había permitido Roberto que le llamase tío, y esto le envaueció demasiado; el juego volvió á ser su norte, los galanteos amorosos su entretenimiento, y la envidia á quien los aquilones del Invierno hicieron encorbar sus ramas, volvió con los albores de la Primavera á alzarse otra vez envaneida y á desafiar en su orgullo las tempestades del verano.

Mas en tanto las arcas de Roberto se resentían, y el anciano sin embargo, no se determinaba á decirle nada. Un día al fin, convencido de que iba á perder sus intereses sino quitaba al joven la omnimoda intervención que le había confiado, se decidió á dar á este una reprensión y á cerrar sus caudales. Entonces fué cuando Enrique se vió acosado de lleno por sus pasiones; estaba rigidamente enamorado de una muger perdida y no podía regalarla; veía en el juego á sus amigos abundar en dinero, y él en tanto no poseía ni un miserable shilling. Una terrible idea se deslizó entonces por su mente como un fantasma de perdición y estampó con sangre las huellas de Enrique en el camino de su porvenir.

### IV.

#### EL ASESINO.

Eran las diez de la noche; el tenebroso manto de las sombras envolvía en sus pliegues al universo que reposaba silencioso, y doble velo de tristes y lluviosas nubes cubría su oscuridad, robando al mundo la bienhechora luz de la luna, cual un sudario de muerte las gracias de una belleza.

Eran las diez como hemos dicho, y á causa de la tempestad con que el Cielo amenazaba, se hallaban las calles de Edimburgo enteramente desiertas. Un hombre sin embargo, se vió salir de una casa. La puerta se iba ya á cerrar tras él, cuando acercandose una muger al oído, le dijo con acento misterioso: "ánimo, mi querido, de esto pende nuestra mútua felicidad." El embozado al escuchar aquellas palabras bajó la cabeza, echó mano á la pistola que colgaba de su cinto, y comenzó á andar. Pocos pasos habría dado cuando se paró co-

mo si quisiese meditar alguna cosa; un momento despues volvió á seguir su camino. Los débiles rayos de los faroles alumbraban de vez en cuando su palidecido rostro; y si alguna vez dirigia una mirada al Cielo, brillaban sus ojos bajo la ancha ala del sombrero, como dos lavas cuando acaban de salir del volcan; sus movimientos eran agitados; las paradas que hacia demostraban una lucha interior de que era victima á su pesar; y cuando despues de haber cruzado algunas calles se paró al frente de una puerta y dirigió una furtiva mirada á los balcones de la casa, dió á conocer bien á las claras, que un designio siniestro habia guiado sus pasos hasta allí.

V.

¿QUIEN LE HA MUERTO?

Mónica... Mónica... gritó el anciano alborozado. llamando á su antigua criada.

¿Qué me queréis? respondió la buena mujer saliendo á su encuentro medio asustada.

Anunciaros mi felicidad... deciros que el hijo por quien tantas lágrimas he derramado... el hijo que creia perdido para siempre....

Y bien...

Le he hallado al fin.

De veras?

Si; es Enrique... el galan Enrique... el que hace tanto tiempo tengo á mi lado..

¿Y como lo habeis podido saber?

Estaba yo revolviendo su cofre en este mismo instante, cuando al sacar uno de sus vestidos veo caer en el suelo unos papeles... los alzo... leo en ellos, y ¡oh pavor! eran los mismos que dejé junto á él en el pórtico de Santa Maria, al verme perseguido por mis enemigos y al ver tambien que mi adorada prenda iba á morir de necesidad en mis brazos. Pero, Mónica, yo gasto el tiempo en inútiles reflexiones, cuando debiera únicamente pasarlo al lado de mi hijo... abrazándole... besando su frente... ¡Oh! ¿Dónde está Enrique?... quiero verlo... decídmelo presto, porque mi impaciencia raya en delirio.

Ha salido de casa hace ya algunas horas.

Tal vez estará con sus amigos... ¡oh! voy en su busca... y diciendo esto se lanzó fuera de la habitación.

Un momento hária que habia pasado esta conversacion, cuando se vió entrar á En-

rique, desahorado, con ojos centellantes y envuelto en su larga capa. Al verle Mónica, sin reparar en su agitado ademán, se lanzó en sus brazos.

Querido Enrique, le dijo rebosando de alegría.

¿Qué me queréis? preguntó el jóven con un aire mareado de estupidez y esforzando aparentar una calma que no sentia.

Esa frialdad....

Callad, Mónica, murmuró Enrique llevando la mano á su puñal, y guardaos de decir una sola palabra, si no queréis ser mi victima.

No os comprendo!...

Mejor para vos; vuestra ignorancia os vale la vida, murmuró luego entre dientes.

¿Pero no habeis hallado á vuestro padre?

¿Qué decís? preguntó Enrique sorprendido.

A Roberto que ha ido en vuestra busca... porque ya debereis saber que es vuestro padre.

¿Como! preguntó el jóven temblando y palideciendo su rostro.

Ha hallado unos papeles en vuestro cofre....

Y bien.

Los ha leído...

Acabad.

Y os ha reconocido por su hijo.

¡Maldicion! gritó Enrique horrorizado ocultando el rostro entre sus manos.

*Esta es la casa... aquí ha entrado el asesino..* se oyó decir en este mismo momento.

¡Oh rabia, la justicia! exclamó el jóven. ¿Que buscáis? preguntó á los ministros que acababan de entrar.

Un criminal que se ha refugiado en esta casa.

En esta casa, repitió el jóven con una sonrisa infernal, quitándose el embozo. Tenéis razon; ¿pero no encontrareis á ese hombre? no hay entre los que estamos presentes alguno que tiemble en este momento? no veis en mí la turbacion de un reo? insensatos, oid y pasmaos; el matador de Roberto es su propio hijo.

¿Qué horror! exclamaron todos á la vez.

Si, la ambicion, y los infernales consejos de una muger, me han hecho cometer tan nefando crimen, crimen horrible cuya abominacion yo mismo no he sabido hasta despues de cometerlo; y crimen tambien que vá á quedar muy presto vengado; y posan-

do la boca de una pistola en el lado del corazón, añadió con una espresion terrible. Sebastian! tu prediccion se ha cumplido.

¡¡Infeliz, qué horror!! murmuraron algunas voces al mirar el cuerpo ensangrentado de Enrique.

¡¡Si no hubiera eternidad!!! balbució el jóven en sus últimas agonias de muerte.

## SALAS DE ASILO

o

### ESCUELAS DE PARVULOS.

Felizmente se hallan establecidas en Madrid por una sociedad filantrópica que se propone mejorar la educacion del pueblo; pero muchas personas lo ignoran y otras no se han penetrado aun de las ventajas de esta admirable institucion, destinada á regenerar las costumbres públicas y dirigir por la senda de la virtud la generacion naciente. El bien que hizo la mencionada sociedad es grande, pero su mision debe estenderse á aumentarle y á generalizarle á todas las clases pobres de la capital y de la monarquía.

A las personas que no han conocido aun las escuelas de parvulitos, les rogaremos que visiten cualquiera de las establecidas en Madrid; en la calle de Atocha, en la del Rio, en la del Espino, y despues leerán con fruto y entusiasmo los artículos que pensamos consagrar á este objeto y las muchas obras que existen publicadas sobre el mismo, en lenguas extranjeras. Les rogaremos ademas, que prefieran, para hacer esta visita, no los momentos de alegría y felicidad, sino los de pena y de disgusto, cuando se hallen afligidas por un dolor moral; cuando los contratiempos de la sociedad, el trato de los hombres, los sinsabores domésticos, hubieren derramado en el corazón la amargura y el tedio. La impresion que entonces hará en sus almas desazonadas el interesante y nuevo cuadro de la infancia, en dichas escuelas, será mas profunda y saludable, y por serles beneficiosa no la olvidarán tan pronto. Ciento ó mas niños, de las clases mas pobres é infelices, que yacían antes maltratados, sumidos en la ignorancia, en contacto con los vicios y desórdenes, ahora alegres y felices, atendidos

y educados por un sistema admirable que dirige sus tiernas almas hácia el término de la virtud, por un sendero apacible de juegos, de cantos y de ejercicios amenos no podian ménos de sorprender y enagenar á las personas que les visiten. Las puertas están abiertas desde por la mañana hasta el anochecer, para ver los niños, observarlos y admirar tan feliz institucion. Si este interesante espectáculo escita la caridad y la beneficencia de los visitantes, propicias ocasiones se les ofrecerán tambien para ejercitarlas: el maestro y la maestra les dirán cuantas privaciones sufren aquellos seres inocentes bajo el techo doméstico, y cuantas se imponen sus padres y sus madres para vestirlos y alimentarlos. Un pequeño socorro aliviará una verdadera desgracia; y la persona caritativa saldrá de la visita con el alma mas tranquila, y el corazón mas satisfecho.

En cuanto á los medios de generalizar y estender el beneficio de las escuelas de parvulos á toda la poblacion que las necesite, sabemos que la sociedad filantrópica se ocupa en adoptar algunas medidas eficaces que á ello conduzcan. Una de ellas será admitir todo los niños, cuyos padres puedan contribuir con la ligera contribucion de un cuarto al dia; retribucion bien escasa, cuando con ella se alivian de la carga y molestia que causa un niño pequeño durante todo el dia, y que impide á una madre el ganar su sustento. Sabemos que por tener á sus hijos al cargo de una muger, muchas mugeres jornaleras pagan cuatro y cinco cuartos al dia; y sin embargo, el niño no se halla bien cuidado, ni atendido de modo alguno en su educacion, como en las escuelas á que nos referimos. Otra medida será, la facultad que le concederá á cualquiera persona de enviar uno ó mas niños pobres á dichos asilos, obligándose á pagar la pequeña suma indicada, ó una anual equivalente. Este medio de ejercer la caridad, nos parece que producirá mejores resultados que el de las acciones á que muchas personas se han suscrito. En efecto, no podrá ménos de serles muy grato, el ver el fruto material de su limosna en el niño ó niños cuya admision en las escuelas han favorecido; el contemplar sus adelantos y gozarse en sustraerlos así al vicio y á la inmoralidad. Por un cuarto al dia, salvarán un niño; arrancándole de la senda peligrosa en que se ha-

llaba, y colocándole en la de la virtud. *Un cuarto al día* puede así transformar en ciudadano útil y venturoso, un ser destinado tal vez, por la desgracia de su suerte, á la miseria y crimen; *un cuarto al día*, puede en fin abrir la carrera de la fortuna al infeliz que, abandonado, terminaría en el cadalso.

tiguo y traducciones del italiano y francés, mas ó ménos libres. Nosotros no hablaremos aquí sino de sus producciones, las cuales, salvo error de cuenta, son siete piezas en un acto, una tragedia, tres dramas y veinte y una comedias, la mayor parte de tres ó mas actos. He aquí sus títulos:

## APUNTES BIOGRAFICOS

DE

### Don M. Breton de los Herreros.

Este poeta que desde su mas tierna juventud se ha dedicado con una constancia increíble á crearse un género de literatura esclusivamente suyo, acabando por grangearse una popularidad inmensa, nació en la villa de Quel, en la provincia de Logroño, en Diciembre de 1800. Hizo sus primeros estudios en Madrid, bajo la direccion de los PP. Escolapios de San Antonio Abad. Sirvió despues en el ejército en calidad de voluntario distinguido desde 1814 hasta 1822. Colocado entónces en el ramo de hacienda y encargado de la secretaria de la intendencia de Játiva y luego de la de Valencia, defendió en la tribuna y con las armas en la mano la causa de la libertad hasta sus últimos atrincheramientos. Retirado al seno de su familia desde la restauracion del gobierno absoluto, y sin obstar á ningun destino hasta que la Reina Cristina restituyó á la patria sus fueros y libertades, vivió el Sr. Breton consagrado al culto de las musas y mas particularmente al estudio y práctica de la literatura dramática, dando ejemplo de aplicacion y laboriosidad no obstante el rigor de la censura y lo aciago de aquella decada.

La primera obra dramática que dió á luz fué la comedia en tres actos titulada *A la vejez viruelas*, compuesta á los 17 años de su edad y representada siete años despues en 1824, con un éxito tan feliz y merecido, atendida la corta edad del autor y su ninguna experiencia de la escena, que un resultado tan lisonjero le estimuló á continuar escribiendo para el teatro. Desde entónces acá pasan de 120 las composiciones dramáticas que ha dado á la escena, entre obras originales, refundiciones del teatro an-

#### *Piezas en un acto.*

El hombre gordo.—Una de tantas.—El pro y el contra.—Ella es él.—Medidas extraordinarias ó los parientes de mi muger.—El hombre pacífico.—El novio y el concierto, *zarzuela en un acto.*

#### *Dramas.*

Elena.—D. Fernando el emplazado.—Vellido Dolfos.—Merope, *tragedia.*

#### *Comedias en dos, tres, cuatro y cinco actos.*

A la vejez viruelas.—Los dos sobrinos.—El ingenuo.—A Madrid me vuelvo.—La falsa ilustracion.—Marcela ó ¿á cual de los tres?—Un tercero en discordia.—Un novio para la niña, ó la casa de huéspedes.—Todo es farsa en este mundo.—Achaques á los vicios.—El amigo mártir.—Me voy de Madrid.—La redaccion de un periódico.—¡Muérete y verás!—El poeta y la beneficiada.—Flaquezas ministeriales.—El qué dirán y el qué se me da á mí.—Un día de campo, ó el tutor y el amante.—No ganamos para sustos.—Una vieja.—El pelo de la dehesa.

Omitimos los títulos de algunas pequeñas piezas de circunstancias que ha compuesto el Sr. Breton. En la actualidad está componiendo una pieza en un acto para el Liceo, destinada á beneficio del desgraciado artista Esquivel.

Publicó ademas en 1831 un tomo de poesías sueltas, y en diferentes épocas las sátiras que llevan por título—Contra el furor filarmonico.—En defensa de las mugeres.—Contra los vicios introducidos en el arte de la declamacion teatral.—El carnaval—Contra la mania de escribir para el público y contra la hipocresía; sin otros opúsculos ménos conocidos, y un sin número de artículos de literatura y de costumbres, letrillas y composiciones sueltas, que se han publicado en diferentes periódicos.

En 1835 fué agraciado el Sr. Breton, sin haberlo solicitado, con la plaza de primer oficial tercero del Gobierno civil de esta provincia; y en Julio de 1835 obtuvo

la de bibliotecario segundo de la nacional de esta corte, igualmente sin solicitud por su parte. Ultimamente en 1837, fué nombrado individuo de la Academia Española.

## Rossini y los polacos.

Nuestros lectores sabrán ya quien es Rossini: un Señor grueso que de-pues de haber compuesto muchas óperas francesas é italianas, se ha retirado á Bolonia á comer macarones.

En Bolonia se halla Rossini detestado de todos. ¿Y por qué? Los unos dicen que es egoísta y otros que un genio, y ya se sabe que lo que ménos perdanan los italianos á un compatriota es el ser un hombre de genio. Lo mismo sucede en España. Ninguno es profeta en su país.

A pesar de esto, Rossini no piensa en abandonar su ingrata patria. En vano se honran ofreciéndole su suelo las naciones extranjeras, particularmente Francia. Rossini permanece sordo como si no fuera músico. Rossini ha dado un eterno á Dios al bello país de Francia; los polacos le han hecho salir de ella. Veamos como.

En la época en que el *cisne de Pérsia* residía en Francia, París estaba inundado de refugiados polacos. Una ola de este gran diluvio político fué á calentarse á la chimenea de Rossini, y Rossini reanimó y entretuvo alegremente esta ola, que le juró en polaco un reconocimiento eterno.

Los polacos cumplieron su palabra de tal modo, que no cesaron de ponderar á sus compatriotas la generosa hospitalidad del maestro, de suerte que Rossini se vió rodeado sucesivamente de otras cinco ó seis compañías de polacos.

“El gran compositor los recibió con una cordialidad encantadora.” Señores, les dijo, vosotros sois polacos y yo soy italiano; vosotros sois guerreros, yo soy artista; vosotros pobres, yo rico; vosotros tenéis hambre, y yo estoy saciado; justo es pues que mireis mi casa y mi mesa como vuestra, y así os suplico que useis de ambas cosas como si os perteneciesen.”

Pero á poco Rossini tomó una silla de

posta, y no paró hasta Bolonia y prohibió á sus criados y familia pronunciar el nombre polaco, porque la menor alusion á la mazourka le daba ataque de nervios.

No crean nuestros lectores que la antipatía de Rossini hácia los heroicos hijos de Polonia provenia de un sentimiento de aversión. No, la causa de su aborrecimiento no provino de que fuesen á participar de su lumbré y de su mesa cinco ó seis bandadas de polacos: el único, el verdadero motivo de su horror hácia ellos era el haberse atrevido á decir al célebre maestro que preferian la Mazourka á la Farentela, Mayerbeer, á Rossini, los Hugonotes al Barbero de Sevilla.

Desde entónces Rossini les deseó en su corazón cuantas calamidades patrióticas humanas y civiles pudiesen sobrevenirles.

Rossini dejó pasar muchos años sin querer escribir ni una cancion.

La noticia de su silencio comenzaba á inquietar á la Europa musical. Todos preguntaban si Rossini habia muerto. Sus amigos, sus discípulos, sus admiradores, le escribieron repetidas veces. ¿Qué haceis? Despertaos..... No consentais que se diga que se ha agotado vuestro genio. Estallad como un trueno &c. &c.

El que mas se interesaba en la gloria del maestro era el célebre cantor Duprez. Tres cartas le escribió en una sola semana.

Para poner término á esta correspondencia, Rossini se decidió á dar señales de su vida musical y envió al célebre tenor de la ópera una linda y sobresaliente cancion.

La casualidad quiso que en el momento que Duprez recibia esta prueba manifiesta de la amistad del genio de Rossini, muchas señoras caritativas vendiesen objetos preciosos para socorrer á los indigentes.

Estas señoras suplicaron á Duprez que les regalase alguna cosa notable para agregarla á dicha venta.

Duprez poseia alguna cosa notable, su voz; pero esta no la podia regalar á los indigentes de estas señoras. Viéndose en esta situación las envió la cancion de Rossini.

El 31 de diciembre se vendió la cancion (escrita de mano del maestro) por cien luises, los cuales han ingresado inmediatamente en la bolsa de las señoras.

¡Estos pobres son polacos!

¿Qué dirá Rossini cuando lo sepa?

**BOLETIN.**

El Centinela de los Pirineos publica el cálculo siguiente: "En la actualidad existen en toda la Francia 2 millones de perros. Calculando que cada uno de ellos consume 125 gramas (unas tres onzas) de pan al día; resultan que consumen todos juntos 25,000 kilogramos (unas 517,000 libras) de pan al día, ó bien 7.500,000 kilogramos al mes; ó sean 5,375 millones de kilogramos al año; lo cual en este momento, que el pan está tan caro, aseguraria la subsistencia de 500,000 personas que están en la mayor miseria. Una contribucion de 10 francos al año que se impusiese por cada perro, tendria la triple ventaja con la disminucion de perros que ocasionaria, de hacer mucho mas raros los casos de hidrofobia, de suprimir un número considerable de consumidores inútiles de pan, que está tan caro, y por último, de proporcionar al tesoro público un recurso que podria contribuir á hacer rebajar alguna de las contribuciones tan onerosas que agovian al comercio y á la industria.

De Berlín escriben lo siguiente.

Va á cumplirse el deseo manifestado hace tanto tiempo y con vivas instancias por todos los comerciantes de la Prusia oriental, para que se abriese un camino de hierro entre Berlín y Breslau, en la Silesia prusiana. Nuestro gobierno despues de elegir una línea conveniente de terrenos para la construcción de tan útil camino, ha resuelto hacerle de su cuenta; y en su virtud ha nombrado para dirigir los trabajos una comision de doce miembros, en la cual serán comisarios régios el conde de Oesfeld, teniente general de ingenieros y jefe de division en el ministerio de la Guerra, y el baron de Rube, director, de la contabilidad del patrimonio del príncipe Augusto de Prusia.

M. Sophianopoulos es un literato de Atenas entusiasta por el progreso, al cual ha consagrado una hoja periódica (*Hi Proodos.*) Procurando por cuantos medios están á su alcance las mejoras rápidas, creyó que una de las mas oportunas era el hacer revisar por la justicia de su país el proceso de Sócrates. Con aquel objeto presentó al tribunal del

Areópago una instancia motivada llena de gala oratoria, la cual ha impreso en su periódico con una súplica al rey sobre el mismo asunto. En ella dice que hace 2500 años que unos jueces inicuos, viles é ignorantes condenaron á muerte en la célebre Atenas al ilustre y virtuoso Sócrates. M. Sophianopoulos pide hoy al Areópago anule aquella sentencia vergonzosa é ilegal, y funda su esperanza en el interes, que no puede ménos de escitar en todas las naciones la revision del proceso de Sócrates.

La instancia que sigue á continuation, dá principio con algunas reflexiones generales sobre las desagradables consecuencias de los falsos juicios y sobre las ventajas del progreso. El autor refiere en seguida aquellas consideraciones á lo materia de que se ocupa y dice: la instancia que presento al recto é ilustrado Areópago, interesa á la ciencia del progreso.... "Los gefes, los creadores y los maestros de aquella ciencia son Jesucristo y Sócrates, Dios y el hombre. Discípulos de Cristo y secretarios de Sócrates, nos presentamos hoy al Areópago á pedir una revision. ¿Y qué revision? La del proceso de Sócrates." Aquí el orador, ántes de continuar su arenga, previene al lector que en aquel punto le fué vedado el uso de la palabra por M. Clonares, presidente del tribunal. Tan estraña hubo de parecer á dicho señor semejante peticion.

La defensa no pudo pues concluirse; pero se imprimió en el *Progreso*, del cual hemos traducido los pormenores que preceden.

Escriben de Roma que los cuatro bandidos que el año pasado robaron al ex-rey de Portugal D. Miguel, cuando estaba cazando en las cereanias de aquella capital, han sido cogidos por las autoridades de Velletri, habiéndoseles encontrado todavia en su poder las dos preciosas escopetas que quitaron á dicho príncipe. Dicese que serán condenados á muerte como reos del crimen de lesa magestad, pues que como es notorio, don Miguel continuará siendo reconocido en Roma como Rey de Portugal.

LES DE FRANCIA.—Segun los últimos datos oficiales de la marina francesa consta de 46 navios de linea, 56 fragatas, 25 corbetas de guerra, 7 corbetas correos, 31 bergantines correos, 24 cañoneras, goletas &c, 55 buques de flotilla, 17 corbetas de 800 toneladas, 31 gabarras, 4 trasporte de 925 toneladas y 36 barcos de vapor: total 350 naves que pueden llevar cerca de 10,000 bocas de fuego.

**ESTADISTICA DE SAN PETERSBURGO.**  
De una noticia estadística que publica la Gaceta de Estado de Prusia, resulta que la ciudad de San Petersburgo contiene en el día 476,386 habitantes, de los cuales mas de las dos terceras partes son del sexo masculino. Hay en dicha capital 1,123 eclesiásticos, 1232 generales 12474 estranjeros y 238 actores y actrices. El número de casas asciende á 8,665, de las cuales las 5,403 son de madera. Cuéntanse 41 boticas, 4 hospicios para huérfanos, 6 casas de beneficencia, 33 imprentas del gobierno y 37 de particulares, 2,572 tiendas, entre ellas 181 de sastres y fabricantes de medias, 38 de confitero, 92 tabernas y 191 panaderías. Hay en la capital 4,411 calles de las cuales las 144 están iluminadas por el gas: el número de coches asciende á 8,000, el de calesas á 11,000 y el de caballos á 36,000.

Hace algunos dias que un soldado se tragó en Valenciennes (departamento del Norte) un peso duro, y como se deja discurrir, principió al instante á sufrir una violenta incomodidad; mas parece que vá mejor, supuesto que bebe, come, sale y se pasea con su peso duro en el estómago. Con este motivo refiere el *Eco de la Frontera*, que hace cosa de cuarenta años murió en el hospital de Lille un antiguo inválido, y que apenas dió el úl-

timo suspiro, cuando acudieron sus herederos al cirujano de servicio del mismo hospital, y le dijeron en confianza que el difunto cuando estaba en las últimas guerras del Hannover se habia tragado un escudo de seis francos.

Al oír esto se determinó abrir el cadáver del inválido, y efectivamente se encontró á la entrada de los intestinos el susodicho escudo embutido en aquella viscera. Los parientes del muerto se fueron muy contentos con aquel hallazgo, que era efectivamente lo único de provecho de su herencia. Todavía vive en Valenciennes un médico que fué testigo de la operacion.

**TEATROS ESTRANGEROS.**—*Edades de varios actores célebres de los teatros de Paris.*—Mlle. Mars, primera dama jóven, ha cumplido el 10 de Febrero de este año, 66 años!!! Mlle. Dorval, 48. Mlle. Anais, dama jóven, 42. Mlle. Plessi, 24. Mlle. Dupont, graciosa, 50!!! La famosa Raquel, 20. Mlle. Beranger, 39; y la mas jóven que es Mlle. Dose, 17.

Se está formando en Barcelona una sociedad para la mejora del sistema carcelario, correccional y penal de España, hallándose ya inscritos mas de 450 sócios, y habiéndose nombrado algunos oficios y acordándose algunas bases para dicha asociacion.

Los periódicos de Paris anuncian que el general Dupont, tan célebre en España por la capitulación á que tuvo que sucumbir con toda su division en los campos de Bailen, acaba de morir en aquella capital á la edad de 76 años.